

VA AVIAO ESE GUINDA si quiere que este menda «se abra», como dice ese cursilón, a no sé qué coño de maravillas de su jodía asignatura. Pues sí. Anda ya y que lo quile un pavo loco. Por mí como si le da un ataque de belleza y se nos derriete de puro cursi el natayfresa este. ¡Será imbécil! ¡Y no te jode cómo me mira a mí de pronto! No es difícil calarme. Yo voy por derecho, no como esta tribu de imbéciles que le ríe las gracias... ¡Y qué gracias! Es más soso que el menú de un hipertenso, el guinda este, que está chalao. ¡No te fastidia! Sí, hombre, y qué más, me vas a ver tú participar en esta mierda de clase y de asignatura. Me la paso yo por el arco del triunfo, ¿y qué arco será ese? Y que te folle un pez. Como si a mí me fuera ni me viniera tanta chuminá campestre como voy a tener que oír cuando esta banda de barandas niñatos me despierte... ¡Tiene su gracia, eso de la banda de barandas! Seguro que eso es más «creativo» que todas las chorradas que se les ocurren a esos empollones relamidos,

redichos y recenizos que me redean, que sí, que me redean, que son como una red echada atraparme. ¡Paqué, si no, me han puesto aquí en el puto centro de la clase: sin salida, sin esa seguridad que te da el tener la pared detrás, un sitio sólido papoyarte! Que es una injusticia que a dos veteranos como Miqui y yo nos pongan separados y en medio de la clase, en lugar de dejarnos allá atrás, dominando este cotarro de neños y neñas de teta, salvo la Angélica, claro, que eso sí que es harina de otro costal. ¿Y qué harina será esa...? Pero además, ¡qué cojones hago yo aquí, sentado al lado de esta berenjena con gafas de Belinda! ¡Belinda! ¡Ya es delito llamarse así! ¡Y más aún ser un callo que no tiene nada que ver con su propio nombre! ¡Que no me hable, eh! ¡Que no se le ocurra! Le suelto un bufido que se entera. Y aunque me echen. Pero que a esta cegata malaje le quede claro que yo no estoy pahostias, que estoy aquí prisionero y que, paella, como si estuviera incomunicado. Eso, prisión rigurosa. ¿No quieren eso mis viejos? ¡Pues hala, prisión a rajatabla! ¡Y a hacer novillos en plan evasión en cuanto pueda! Esto funciona como lo de aquel otro en la mili: llega el primer día, se emborracha, arma la de dios es cristo y lo devuelven pacasa antes de meterle la maquinilla padejarlo hecho un skin. ¡Sí, gilipollas, no me mires con esa cara de perdonavidas y de compadecerte de mí! Contigo vale lo mismo. Un día te armo un buen follón, me echas ¡y a dormir! Seguro que si te faltó me lo agradeces y ni me pones falta, o sea, como un pacto de granujas. ¿Qué dices, qué dices? Va por mí. Nos ha jodido que va por mí. ¿Pues sabes lo que te digo? Que me la suda eso de los minerales, y que si lo soy es porque me sale del capullo, y que mejor para mí. Así no tengo que volverme de natillas cuando les empieces a tocar la fibra sensible a todas esas babosas que te miran y te escuchan con la raja licuá. ¡Inocentes! ¡Si ellas supieran lo que a ti te va! Pero ya te queda poco, natayfresa. Te va a sonar el bendito timbre y te

va a hacer desaparecer de mi vista. Y te irás por ahí, meneando el culito a su ritmo de grillo afónico, porque tú y todos tus compinches os hacéis los locos para no entrar jamás a la hora. Mucha labia y mucho cariño y mucha dedicación y mucho esfuerzo y muchas ganas de trabajar y muchas ganas de hacernos trabajar y mucho mucho mucho bla bla bla, pero no nos soportáis, y a mí menos, y a mis coleguis pues como a mí, y andáis siempre entre vosotros con esa disculpa imbécil: «¿Ese que suena es el primero o el segundo?». «¡Pero ya han tocado el segundo timbre?». ¡Falsos! Se os remueven las tripas, a casi todos, de entrar a pegarnos el discursito. ¡A ver si te crees que no os calamamos desde el primer día! A más de uno y de una, y a las tías más, se le cambia la cara de color cuando entra y cierra la puerta, como si lo hubiera hecho en una jaula de tigres hambrientos, en vez de con nosotros. Y luego pasa lo que pasa, claro, que se os lee en los ojos que nos veis como bestias, y no como personas. Y algunos, como tú, natayfresa, culo de mal asiento, hasta os da por tener lástima de nosotros. ¡Lástima, no te jode! ¡Como si de la clase, de la noche a la mañana, fuéramos a pasar al trullo! ¡Hala, a la calle con viento fresco! ¡No! Creo que no lo voy a poder resistir: después de ese plomo de literatillo ahora esta guindilla de física y química. ¡Y a quién coño le importan las velocidades, las ondas y esas chorradas que a esta le salen por la boca como las verdades del barquero! ¿Y qué barquero era ese que decía tantas verdades? ¡Jo, qué cruz! Esto es más duro que un día de siega, que decía mi abuelo. ¡Y aún tienen cara, mis viejos, de decirme que no hago nada, de reprochármelo! Se ve que ellos, con el cuento ese de que no pudieron estudiar, que se tuvieron que poner a trabajar para ganarse la vida muy pronto, no se hacen a la idea de lo duro, de lo cansadísimo que es este no hacer nada que dicen. ¡Aquí, aquí me gustaría verlos a ellos, qué hostias! ¡Fíjate, fíjate lo deprisa que habla esta

gachí física y sin físico, que es una birria de campeonato! Así no hay manera. Aunque a mí la verdad es que pasar de la lite a la fiqui es como hacerlo de programa a programa en Tele 5, parece que no salgo del mismo, claro, el mismo decorado sirve para todos, y las mismas tías jamonas, pero estos al menos son entretenidos, y no esa birria de leyes y más leyes, que parece una clase para abogaos. ¡Y dale! Otra que me mira con ojos láser. ¡Anda que no les gustaría que fuesen así sus miradas, con poderes láser, pafreírme y dejarme en el sitio hecho purita ceniza! Estos barandas de profes sí que son unos asesinos natos, como esos piraos de la película. ¡Mira cómo me mira! ¡A que salto! ¡Es que no hay derecho, leche! Todos estos tienen menos compasión que el Alcapone aquel de Chicago o de donde fuera. Van a por mí. Y ya verás tú cómo antes de que acabe la mañana soy el primero que mancha la hoja de expulsiones. El Miqui sí que estuvo de puta madre un día que se le ocurrió, cuando lo echaron, ya no me acuerdo de qué clase, decir aquello de «pues sí, mejor estoy con don Quijote». Consiguió lo que quería: dejarnos a todos con la boca abierta y la mar de intrigados, y al profe el que más, porque se hubiera esperado oír algo de los billares o del mus o de tomar el sol, pero en la vida eso del Quijote, que sonaba tope cultural. Era como una adivinanza: como se iba a manchar la hoja de expulsiones, pues se iba a la mancha, y ya está todo dicho. Pero a mí si no me lo explica el calzonazos de él no lo saco ni con una llave maestra. Pero a él fue su hermano quien se lo enseñó paque lo dijera, porque el Miqui es como yo en eso de las entendederas y a mí no me sonaba que a él se le hubiera ocurrido, pero nunca se sabe las sorpresas que podemos dar los perros viejos de la clase. Es demasiaio lo fichado que me tienen. Me vuelvo, paver qué tal le va a Miqui, allá perdido entre esos otros niñatos, porque me acuerdo de lo suyo de la Mancha, pero sin hablar ni nada iy zas!, tarjeta amarilla,

amenaza de expulsión. ¡Qué ganas tienen! ¡Se les hace la boca agua cuando pasan lista y me descubren, Onésimo Recio Bobadilla, en ese nombre ridículo! Suerte que tuve de que el Onésimo del Valladolid se hiciera famoso en el Barça. Desde que aquel retaco cabezón caracoleaba por la banda, que le cogía a uno vértigo de mirar cómo se regateaba hasta a sí mismo, se me vio ya de otra manera, cada vez que decía cómo me llamaba. ¿Y por qué me acuerdo yo ahora de aquel día que salté a la boca de mi madre patapársela y evitar que me llamara Nesi delante de mis amigos de octavo, como me decían en casa? ¡Menudo trago: Nesi! Seguro que aquel día descubrí que Nesi sonaba a perrito faldero cosa mala. ¡Menudo cachondeo se hubieran traído conmigo si los compas llegan a saber que en casa me decían Nesi! Tuve que ponerme serio y decirle a mis viejos que se acabó de una puñetera vez lo de Nesi, que de ese día en adelante Onésimo, con sus siete letras como siete soles, y si no, que no me lo hubieran puesto. ¡Que no, chorba, que no estoy maquiando cómo torpedearte esta jodida clase de fiqui! ¡Serás borde! ¡Pues si es que no voy a poder ni mirar a la cara a los profes! Enseguida os ponéis más tensos que la madre de Bambi, más alarmados que el guaperas del curanganillo cuando el piernas de Miqui le dijo si no iban a hablar en su clase de la sexualidad, que a ver si les explicaba cosas de los cátaros esos que se lo montaban de pura orgía sexual por amor a dios. Y a él eso también se lo contó su hermano, que es un empollón. Pero no creo yo que los empollones se entretengan en enterarse de cosas de esas, por muy marchosos que sean. Y eso sí que es algo que no me cabe en la sesera, que es como le llama mi viejo al tarro: marchoso y empollón. Si es casi como decir fiqui y guay: ¡un disparate! ¡Aunque tampoco me entra que Miqui tenga un hermano que es justo lo contrario que él, que ya tiene gracia! Sí, imbécil, estoy pintando, pero no te estoy haciendo una carica-

tura, si es eso lo que te pensabas. Además, no iba a ser muy difícil: pintas una escoba, le pones gafas, dos paletos de conejo, unos pantalones más anchos que largos, y ahí te tienes, muerma. Lo que pasa es que te jode que pase de ti, que vaya a mi rollo y que me acompañe dibujando, garabateando, como hace mucha gente cuando habla por teléfono o espera que le traigan la comida en los restaurantes. ¡Anda ya y no me mires tanto! Yo a lo mío: ¿cómo coño puede alguien ser marchoso y empollón al tiempo? ¡Es de alucine! ¡Pero cómo te puede ir la marcha, el prive, el bailoteo, el ligue y también encerrarte con esos libracos horribles en una habitación, que es como si estuvieras en el talego! Hay gente patodo, desde luego, que es la frase preferida de mi padre, y que antes lo era también de mi abuelo. Estoy tentado de estirarme como cuando me levanto, y de lanzar un bostezo como un aullido de lobo, y a ver qué cara ponía entonces esta tipeja de figui. Me freno porque también a esta el timbre le va a dar esa hermosa patadita sonora en el trasero, en el poco que tiene la tía palo, paquitármela de delante de los ojos, que como siga mirándola me van a salir cataratas o yo qué sé. ¡Ahí esta, el timbre! ¡Anda ya y vete por ahí, higo chumbo verde! Porque los maduritos y sin espinas están de chuparse los dedos, claro. Y bien pensado, ya puestos a insultar por lo vegetal, a lo que es clavadita esta tipa es a las algarrobas, a esas de las que el abuelo dice que comió hasta hartarse cuando la guerra de sus batallitas. Eso del hambre debe ser lo peor de las guerras, pero lo otro, lo de los tiros, las trincheras, los asaltos y todo eso, ahí me gustaría verme a mí: ¡qué alucine!, ¡de disparate! El lanas de mi padre dice que no sé lo que digo y que más me valdría asaltar los libros... ¡Será cagueta! ¡Pues no se me enfadó el muy dél cuando le dije que estoy deseando ir a la mili! ¡Joder qué rollo con que si ya nadie quería ir, con que si hoy el que no es objeto es insumiso, que si los militares son unos capullos

mandamases, que si en los campamentos los veteranos torturan a los novatos, que si no había oído los telediarios o leído los periódicos! «¿Pero es que acaso los lees tú?», tuve que decirle. Eso sí, enseguida se me pone echao palante y me sale con el «¡a mí no me faltes, me oyes, mocoso!», y ahí se acaba la conversación, porque es que con él no se puede hablar. ¡Y cómo se puso cuando le dije que si no quería que en la mili me hiciera un hombre! Estuvo a punto de soltarme un sopapo, que dice él. Nada. Imposible dialogar con él. Pasa igual como con los profes, que tampoco te escuchan. Y a mí menos, claro. Ahora ya ni se me ocurre, por descontado. Pero el curso pasado, cuando lo intenté paver qué podía hacer pa no repetir, es que resultaba imposible. Los tíos, y las tías, sólo escuchan a los que les caen bien. A esos sí que los miman y los cuidan: vaya asqueroso intercambio de baboserías... Y no son sólo los profes, que se miran a las chorbitas que se les van algo más que los ojos tras ellas, y a alguno, además, es que se le van las manos detrás de los ojos, que yo lo he visto, y a mí esos detalles de los roces no se me escapan, que estoy yo muy al tanto de eso. Y no sé por qué, pero así que me fijo en lo que me rodea, los detalles de ese tipo es que se me meten por los ojos: la tía que cruza las piernas y te enseña las bragas, el tío que se ajusta el paquete, otra que se coloca bien las domingas, uno que en el autobús se acerca poco a poco a una tía para ponerle un rabo, el que está en una fila y mueve hacia atrás el codo para tocarle las tetas a otra... No sé por qué se me quedan todas esas cosas, pero es que no pierdo comba, me llegan todas a los ojos, porque yo interés...; qué más me da a mí, sé que se hace y a otra cosa. Es mucho mejor ir por derecho en eso, que es lo que hago yo. También las profas, algunas, nos miran, bueno, los miran con una coquetería que da pena verlas. Digo yo que eso de tener marido e hijos, en algunos casos, que no debe importar gran cosa, porque la verdad es que, a ve-

ces, parece que se te ofrezcan, que te estén diciendo: ¡menudo revolcón me pegaba yo contigo! No digo yo que lleguen a eso que está ahora de moda, lo del acoso sexual en los trabajos y todo eso, pero casi. Lo que ocurre es que les tiran los tejos a los maromos más paraos del insti, y claro, así nunca pasa nada. Juegan, pero seguras, como hacerlo con impermeable. Yo siempre he tenido mala suerte. Hay cinco profas que están que te mareas, ¡pues jamás me han tocado!, tenerlas de profas, claro. No, si ya lo he pensado. Igual si me hubiera tocado alguna de esas me hubiera dejado liar y ahora sería un empollón de campeonato, porque como de listo tengo menos que el de mates de gracioso, pues eso, o sacaba las asignaturas a fuerza de codos o aquí me quedaba, donde estoy ahora: la mar de tranqui, relajado total y disfrutando a tope viendo cómo se amargan la vida todos estos ilusos del curro guay del mañana: pocas horas y tope pasta gansa, porque serán los números uno del bisturí, la informática, los picapleitos o no sé qué gilipollices. Los hay tan ilusos que hasta creen que van a ser artistas y deportistas de esos por los que se paga un fortunón. Ilusos es lo que son. No se me olvida cuando el Mario Moreno saltó con aquello de que él iba a ser nada menos que «¡tiburón financiero!».

¡Menudo choteo en la clase de tutoría! Duró más de un trimestre la tiburonitis. Todo lo contrario de lo que pasó cuando la tía más buena de todo el insti, esa que está dos filas por delante de mí, y la más empollona, dijo en la tutoría de su clase que quería ser monja, ¡monja misionera! Se hizo un silencio que sus compas se ahogaban. ¡Quién iba sospechar que eso de llamarse Angélica marcaba tanto, qué hostias! ¡Nada menos que monja! No hubo ni un chistecito, ni una risa, ni nada: silencio de cementerio. Y la tía, más chula que un ocho, como orgullosa de pasar de todas las imbecilidades de los demás y sabiendo que, cuando le llegara el turno, iba a dejar a sus compas como los dejó: con la boca abierta

y unos ojos que la miraban, al parecer, como si, de repente, le hubiera salido el Alien a la tutora por el pecho. Yo, sin embargo, aquí estoy, bien metidito en la realidad, clavado como una escarpia de tienda de camping en Burgos, que apenas le dabas con la maza y cataplán, hundida como si el terreno aquel de césped, tan cerca del río, fuera de mantequilla, más blando que el del campo del Barça, que ya es decir. Aquí estoy, viéndolas venir paque no me hundan, porque esta pandilla de miserables lo que quiere es hundirme, ¡a mí! Pues les van a dar a todos ellos mucho por retambufa, como dice el hermano de Miqui, porque lo que no saben los muy gilis es que cuando a mí me dé la gana, me pongo y las saco todas, y alguna hasta con notable o excelente, y se van a quedar que no se lo van a creer, pero eso sí, van a tener que pasar por el aro y aprobarme, les guste o no. ¡Cómo me iba a gustar estar en esa sesión de evaluación! Algo así sí que sería como escupirles a la cara lo mucho que no me tragan y las ganas que tienen de que desaparezca, de perderme de vista. Seguro que este rompetechos de Historia hasta se cree que estoy siguiendo sus explicaciones tartajas como si me estuviera descubriendo la octava maravilla del mundo. ¡Será plomo! ¡Y a quién le importan esas putas partes de la casa romana! Parece que haya estado todo el verano metido en ella, limpiándola con Vim amoniacado para volver a traerla limpia como un jaspe este curso, ¿y los jaspes siempre están limpios? Y viene tan blanco, el rompetechos, que sí que parece que no haya salido de ella. ¡Y el primer día de clase, hala, venga impluvios y atrios y hostias! ¡No hay derecho! ¡A que es este, que no ve ni a los de la primera fila, el que empieza la cantinela del año pasado: «¡Bobadilla, a la calle!»». ¡Menuda cruz me espera! A aquel imbécil del año pasado, el musculitos de gimnasia, que se compra las camisetas dos tallas menos para darles envidia a las nenicass planas y pafardar de bolas, las de arriba; a ese sí que le paré yo

en seco cuando se hizo el gracioso: «¡Recio, pedaleando pa la calle!», aunque ni dios le rió la gracia, claro, porque, de ciclismo, ni dios sale del Induráin; pues a ese imbécil tuve que decirle, y aún no sé ni cómo coño se me ocurrió, que la lengua también era un músculo, y que a ver si le sacaba la bola de la educación y no el lapo del insulto. ¡Joder la que se armó! Si aún me acuerdo es porque si me parara hoy a pensar qué coño hubiera podido decirle pavengarme, estoy seguro de que en la vida se me ocurriría nada como lo que le dije. ¡Total, que a lo que se ve estuve inspirado! ¡Un poeta, como si dijéramos! Seguro que si me hubiera oído el natayfresa igual me aprobaba... Por lo menos eso es lo que me dijo el Miqui, y en eso de salidas él sabe mucho, porque con el hermano que tiene, pues va casi como aprendido. El Miqui me guiñó el ojo y me levantó el pulgar, y luego no paraba de decirme que si «icojonudo, tío!», que «¡lo has planchao!», que «¡cómo se te ha ocurrido algo así!», que «¡lo has dejado en ridículo total!», y cosas por el estilo. ¡Y aun así el tío imbécil, después de insultarme, quería empapelarme, y me llevó a ver al dire! ¡Y allí, en la comisaría que es el despacho del dire, aún se puso el tío más impertinente que en la clase! El dire se portó, porque le hizo callar y me dejó hablar a mí también. Y como que luego ya no me volvieron a decir nada, pues que digo yo que lo que le dije, pues que bien dicho estaría, seguro. Da igual que esté aquí, en medio de tanto pánfilo, en vez de en la fila de los ratones. Si al cegato le molesta este rumorcillo descarado, seré yo quien acabe cogiendo el portante. Igual me levanto y hago que me voy. Y si me pregunta que qué hago, voy y le digo que me había parecido oír eso de «Bobadilla, a la calle». Una de dos, o se le quitan las ganas de seguir haciéndolo o lo retoma con más ganas. Y eso sí, me ahorro el plomo de su clase. ¡Es que es muy duro, qué hostias, esto de estar aquí sentado, hora tras hora, todas interminables, todas más aburridas que un ser-

món del viejo o los programas de la 2, que no hay quien vea ese canal! ¡Hay que tener un aguante! Bueno, menos mal, otro timbrazo y moscón que cae por el sumidero. Eso es lo que más me gusta del timbre: que se los carga. No tiene más que sonar y ilisto!, al cementerio de elefantes que es la sala de profes. ¡Jo!, y como hoy, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, hasta que llegue junio de nuevo y se libre uno de estas chinches que le comen a uno la moral y le arruinan el estómago, por lo de los nervios de las notas y esas mandangas. Lo que se piensan, cuando me dan los tutores el boletín cada trimestre, es que me importa un rábano lo que sale en él. Y se equivocan. Lo que pasa es que yo soy un rebelde, y no me lo tragan, y les asusto. Ahora que viene el pasota de música, porque ese sí que pasa de nosotros y se lo monta tope tope, ahora que entra igual le pregunto si vamos a volver a ver óperas este año también, y si sí, pues que por qué no empezamos con la del don Giovanni ese del Mozart. La música está más oxidada que lo que yo me sé, pero la historia me moló cantidad. ¡Un tío legal el don Giovanni ese! A ver si me atrevo a decírselo, porque este pasota con eso de marcar distancias con nosotros, con lo del usted y todo el rollo protocolario, a veces no tienes ni ganas de preguntarle nada. ¡Es que es la releche! Te mira que si mirara a una cloaca, y sin embargo te escucha con esa educación de panoli fino que te deja descolocao. ¡Bah, paso yo también! Si la pone que la ponga, y si no, pues que haga lo que le salga del pentagrama. O igual le pido que me la deje llevármela a casa. Ya me imagino cómo se le iban a quedar los ojos y la boca a mis viejos: más abiertos que las ganas de volver a acostarse conmigo que tiene alguna que yo me sé. ¡Su hijo colgado en el televisor de una ópera! ¡Y de Mozart! Se restregarían los ojos con más fuerza de con la que se rasca el viejo cuando le da la alergia primaverál esa. Y eso es lo malo de que te tengan fichao: ya no puedes hacer nada normal

sin que parezca que has dejado de ser quien eres y que te has convertido en alguien distinto. Aquí por lo menos, en esta clase, no te viene con el rollo de las putas buenas intenciones, ni va buscando ser la estrella, como el de lite. A ese otro se le sale por las orejas lo bien que se cae; está tan encantado de conocerse que suelta más humo que los trenes de vapor antiguos. El de música, al margen de eso de la educación, que se pasa mucho, porque parece más un diplomático que lo que es, pues no se anda con zarandajas, es directo como yo. A él, tranquilidad. Un pacto: ni nosotros le molestamos a él, ni él a nosotros. Oímos y vemos lo que toca, y mucho respeto, irespeto a mantas! ¿Y por qué algunos compas le llamarán el guardia urbano? Lo que no voy a hacer es ir a uno de esos listillos para que me «haga el favor» de explicármelo, eso seguro. ¡Jo, ya está la Bea, esa otra doña Elvira despechada, lanzándome las miraditas de «tú me las pagas, canalla»! ¡Y no es resentida ni nada la tía! Muy echá palante y mucho que a ella eso del amor y esas tonterías ni le iban ni le venían y que sí, que cuando yo quisiera, pues eso, que nos lo montábamos, y que nos lo íbamos a pasar de coña, que ella no era como las demás, todas esas estrechas a las que les subes la mano por los muslos y en vez de placer les coge un canguelo que se creen que vas a destriparlas, en vez de a ponerte ciego y a ponerlas como un cohete... Y en parte no era mentira, desde luego, porque encamarse con una cuesta dios y ayuda, mucha ayuda, haberla puesto a cien en la pista o en el cine o en el rompeolas y casi que la birra las alegre de lo lindo, y con la Bea la cosa fue rodada, como hacer una croqueta... Lo malo ha venido después, que se ha creído no sé qué derechos de propiedad y se empeña en la gilipollez esa de que yo soy suyo o poco menos. ¡No te fastidia! ¡Pues sólo me faltaba ahora andar por ahí en plan parejita tonta, como el Arturo y la Ingrid! ¡Vaya par de canelos! Andan más pegados que el papel de un sugus en vera-

no. ¡Parece que nadie se haya emparejado antes que ellos! A mí me empalagan, lo juro. ¡Y venga de la manita! ¡Y manitas por aquí, y por allá, a todas horas! Son tan tiernos que se tronchan... Y todos nosotros de risa de verlos. O sea, que lo único que me faltaba es que el Miqui y los colegas se hartaran de reírse de mí a costa de que esa resentida de Bea me hubiera echado el lazo y me llevara por ahí como un perrito faldero, como si hubieran vuelto a llamarme Nesi... ¡Que no me da la gana, leche! Ya me imagino a esos burlones: «¡Qué Boba, ¿te sacan de paseíto?». «Adiós, Boba, que pastes bien...». «¡Pero coño, Boba!, ¿no decías tú que atado ni muerto?». ¡Dios, qué horror! Que uno tiene también su fama, qué leches, y no se trata de que una mengana me la eche a perder. ¡Ahí va, otro timbrazo, otro marcianito caído! He salido tan tocado de la primera jornada que o me echo un porro para el cuerpo o no creo que llegue a casa sin que me haya dado un ataque de histeria. ¡Es desesperante! ¡Nueve meses así! ¡Y se quejan los del trullo! O me amenazan a mí con que ese será mi final, si sigo así. ¡Y no veas lo que anima que te pinten el futuro tan bonito, tan de color de melocotón! En la cárcel seguro que no aguantan ni la mitad de lo que aguanto yo, seguro. Como que si les dieran este tormento, pamí que se volvían todos honrados por no volver para soportarlo. O sea, que mira tú por dónde al final la cárcel, para según quién, es hasta un descanso, ¡tiene cojones! También es mala suerte: ni dios tiene un porrete para desquitarse del chaparrón que nos ha caído, al menos a mí. Y ahora a casa, a calentar en el micro las judías verdes y las croquetas que me ha dejado la vieja, y eso sí, a echarse luego en el sofá, con la tele puesta, lo que den, qué más da, el caso es descansar de tantos y tantas plastas como me han manchado los ojos esta mañana. Igual hago ya novillos la primera hora de la tarde. ¡Anda que no es cruel eso de hacernos ir después de comer, medio dormidos! ¡Como si no

acabáramos mareaos perdíos por la mañana! Y si a nosotros nos cuesta, a los profes es ya la rehostia... Y a más de uno ya se le han cerrado los ojos en clase que era todo un cachondeo el que Miqui y yo le cantáramos en un susurro la nana de la serpiente del Libro de la Selva, de la peli, que aunque es para niños aún me sigue gustando cantidad, hasta que se le caía la cabeza hacia adelante, como guillotizada, y abría los ojos como si le acabara de clavar Drácula los colmillos. ¡Hostias, ahí llega otra vez la doña Elvira coñazo...! Pues yo como si no existiera. Me pongo a rueda del palique de Miqui, que siempre tiene algo curioso que contar sobre su hermano, y allá ella si se pone a nuestro paso. Ella será la perrita faldera. Y entonces todo va bien. Castigador, como el don Giovanni ese. ¡Lástima que aún no me crezca con fuerza la barba para dejarme esa perilla de tío malvado y matador! En cuanto me salga me la dejo. Que eso es lo que yo necesito, que se vea que soy un tipo duro, que paso de blandenguerías, de ternuras, de mimos y de hostias. Yo, como una roca, como el mineral ese que dice el natayfresa, que al final ya veo que hasta me va a gustar la comparación. Lo que pasa es que ese, y la mayoría de sus colegas, se creen que yo no pienso, que yo el tarro sólo lo uso para inventarme cómo hacerla cada vez más gorda. ¡Qué imbéciles! ¿Y para qué les ha servido a ellos? ¿Quiénes son, todos ellos? ¡Unos don nadie! ¡Unos fracasaos! Pues vaya un éxito en la vida el suyo: pasarse la vida con nosotros en el culo del mundo. Claro que pa lo que trabajan les pagan de puta madre, eso sí. ¡Si no dan ni golpe, los tíos! Pero no me cambiaba por ellos por nada del mundo. Yo pico más alto. Yo no me conformo con esa mierda de trabajo. Ni con los de los viejos tampoco, claro. El viejo dice que soy un iluso acabado, que me creo que atan a los perros con longanizas, ¿y qué significa eso?, y que si me pienso que por mi cara bonita voy a tener en la vida todo lo que se me antoje. ¡Anda y que te zur-

zan, papá, que desde aquí dentro sí que te puedo decir lo que me dé la gana! Este menda va a hacer algo grande en la vida, ya lo creo que sí. Y a lo mejor hasta me hago famoso, ¿por qué no? ¿Es que no se han hecho famosos tanto tío y tanta chorba que salen en la tele y que ya se ve que no deben tener ni la EGB? ¿Y a que el viejo se calla cuando le digo de corrido todos esos deportistas jovencísimos que ganan ya un pastón que no lo ganaría él ni en siete vidas que tuviera? A veces me sale con eso de que esto último que le digo es la señal más clara de que soy un iluso de cuidado. ¡Y cómo le gusta repetir, a él y a mamá, que lo que sea lo soy siempre «de cuidado», que suena casi como «de atar», casi como insinuando que esté loco! Porque dice él que yo hago menos ejercicio que un árbitro de ajedrez. ¡Y para qué me voy a poner a hacer yo el indio, y a sudar como un cerdo! Hay muchas maneras de conseguir la guita, de hacerse con una pasta gansa que te permita darte los lujos que seguro que voy a tener. Porque lo de ser un pobretón de por vida, eso sí que es peor que estar en el talego. ¡Menudo plan de vida! Antes que eso hasta me hago camello. Lo mío, además, seguro que no tiene nada que ver con lo del deporte. Igual tiene que ver con algo artístico, qué se yo. ¡Cómo va uno a saber esas cosas ahora! A lo mejor resulta que tengo una gracia especial para algo, vete tú a saber... Pacontar chistes seguro que no, eso fijo. No digo que no me gustaría, que hay tíos que se lo montan de chiste y se ve que le sacan pasta al asunto, y ahora piden muchos graciosos en la tele. Pero hay que ser muy bueno y a mí, además, me sobra mala leche. Y ya me jode, lo de no saber a qué coño acabaré dedicándome, pero tampoco me quita el sueño. Tarde o temprano algo ocurrirá en mi vida que me la cambiará todita de arriba abajo. ¡Y entonces sí que les voy a restregar yo a los viejos por las narices sus muchos «de cuidado»! ¡Ya verán, ya, cuando me vean hecho un JASP de esos de los anuncios o algo parecido! ¡De

piedra se van a quedar! ¡Ellos sí que van a ser los minerales, no yo! De lo que se trata es de no ponerse nervioso..., isí, hostias, nervioso yo...!, y esperar tranquilamente. Sin entrar al trapo de todos los que me acusan de que no quiero pensar, ni hablar, ni esforzarme, ni moverme siquiera... ¡Que les den por ahí! Ya se enterarán, ya. Y se van a pudrir de la envidia. Porque así va todo. Hoy te desprecian y mañana pierden todos el culo por acercarse a ti. Algo así les pasará a todos esos a los que de pronto les cae una primi y se forran. Y la verdad es que ahora lo que sobran son posibilidades de forrarte, desde luego. Menos los viejos, claro, que ni juegan ni me dejan jugar. ¡Ya ves tú! Como que iban a devolver la pasta si me tocara un cuponazo, ¡ya lo has visto! ¡Jo, qué pesadita la Elvira esta! Basta que no le haga ni puuto caso para que la tía se me venga al lado e intente cogerme la mano. Dos veces que me suelto y aún va la tía y me mira como una leona a una cebra: a punto de clavarle esos dientes de espanto. Ella venga a sonsacarme las variables, seguro que para ir conmigo, pero yo ni mu. ¡Es que no se quiere enterar! No se da cuenta de que contra más insiste menos me gusta. Que nos lo pasamos bien tres o cuatro tardes y ya está, leche. ¡Que darse un revolcón y echar un polvo, por muy bien que te lo pases, no es casarse ante el cura, joder! Como al final los acabará sabiendo, cuando publiquen las listas, espero que al menos uno de los variables que voy a coger, «Los aforismos y la prosa de ideas», itoma ya titulito, manda huevos!, ella no lo coja. Lo más probable es que el titulejo la haya echado para atrás, como a casi todo el mundo. A mí como me da igual, pues al más raro. ¡Ya me veo la cara que va a poner la Marga, la colega del natayfresa, cuando me descubra en la lista! ¡A que protesta para que me cambien! ¡Y qué coño será eso de los aforismos? Sea lo que sea, ahí al menos no me perseguirá esta Elvirita que me está inflando ya las narices... Jo, qué alivio que haya torcido para

la izquierda. Y ahora, como si lo viera venir, vendrán las chanzas de estos brutos, de Miqui y la compañía: ¡Anda, Boba, qué duro eres! ¡Venga ya, Boba, castigador! ¡Jo, Boba, qué las das! Pues nada, pongo la sonrisilla automática y a aguantar mecha, hasta que se cansen. Mucho Boba parriba y mucho Boba pabajo, como si al llamarme así se pusieran por encima de mí, pero en el fondo lo que me tienen es una envidia de campeonato. Porque me parece a mí que salvo Miqui, y ese porque casi lo metí yo en la cama con la Almudena, el resto aún no sabe lo que es acostarse con una gachí, y todo lo más que hacen es imaginárselo mientras le dan a la zambomba. O sea, que en el fondo me admiran. Y lo que les cabrea es que yo no cuento ni mu. Ahí, ves, sí que no soy como el don Giovanni, que su criado, el Leporello, llevaba una lista cachondísima de todas las que se había cepillado. ¡Y en España 1003, toma ya! Yo voy de reservado y silencioso. Son ellas, que algo ya me ha llegado, las que se van de la lengua que da gusto, por lo menos el que debe darles, a esas tontas, de andar secreteándose si me hizo así o asao, si me cogió por aquí o por allí, si me besó con la lengua y cosas de esas. ¡Allá ellas! Bueno, ya se han cansado de meterse conmigo. Sigamos, que ya falta poco para casa. A mi madre siempre le ha llamado mucho la atención que no me gustase que me llamasen Nesi, que me pusiera tan rabioso para que dejaran de llamarme así los que lo hacían, menos la tía Amparo, que siempre me ha llamado por mi nombre completo, y que ahora me dé igual, o casi, que me llamen Boba, que eso sí que es destrozarme uno de mis nombres. Lo curioso, y eso sí que lo es, es que a quien primero se le ocurrió llamarme así fue a Miqui, y la primera vez que lo oí yo creo que hasta me salían chispas por los ojos, y casi se me escapa un cate que le hubieran saltado tres o cuatro dientes. Le miré con asco, ya lo creo; como pa no haberle dirigido más la palabra. ¡Y ahora nos llevamos de puta madre! Él es

aún un crío, y conmigo se siente seguro, pero es fiel, generoso y hasta tiene su gracia. Además de que es tan manta para los estudios como yo. Lo que pasa es que él sí que no tiene problemas, ni su hermano, porque con ponerse a trabajar en la tienda de su padre, pues eso. Luego de mayores se quedan con ella y ya tiene un curro al que le saca una pasta gansa. ¡Ya me lo imagino de tiarrón: que si pagamos muchos impuestos, que si la vida está muy achuchá, que es que no se vende nada, que esto está muy mal, que el día menos pensado hay que echar el cierre y todas esas monsergas... y de tipo, pues igual de barrigoncillo, medio calvo, y casado, y bien casado, con la Almudena esa con la que está encoñado, y una parejita de mocosos. ¡En mala hora los encamé! Y mira que le digo que hay muchas otras que están mejor, y algunas que igual están deseando hacérselo con él. Pero no hay manera de apartarlo del bebedero, ¡resulta fastidioso, de lo fiel que es! No le da como al Arturo y a la otra, ir en plan ventosa; pero para mí que está obsesionado. ¡A lo mejor es que la Almudena es una fiera de órdago en la cama, quién sabe! Pero la verdad es que, así por de fuera, promete más bien poco. Y en eso las tías no suelen engañar: si ya no aparentan, poca cosa hay; aunque también las conozco que van de putiprovoconas y son más estrechas que el agujero de la llave de un candao, pero es raro. Digo esas tías que llega la primavera y se ponen unas minifaldas que casi se les ven las bragas de pie y que luego se pasan el día estirándosela con la mano, no se les vaya a ver la octava maravilla del mundo..., ¡no te jode las tiparracas! ¿Y mi madre? ¿Cómo era en su época: iba de mírame y no me toques, o de no me mires tanto y tócame más, coño? ¡Menudo careto me iba a poner si se me ocurre preguntárselo! El viejo igual se atrevía a responderme, pero seguro que acabar echándome un discursito, como si lo oyera. ¡Menuda manía la suya! Y cuando viene a casa su hermano, el carca que dice él, no veas cómo

mo le da al pico para defender a los socialistas esos que se han hartao de robar lo que han querido y les ha dado la gana. Y el tío Carmelo se harta de reírse de él tapándose las narices, en vez de los oídos, cuando lo escucha. Y mi viejo es que está ciego, si no ve que esos del gobierno de antes eran una panda de chorizos de tomo y lomo. ¿Y a mí que hostias me importa la política, para que ande yo pensando en esas tonterías? Por mí como si se la machacan. En el fondo todos quieren lo mismo: robar. Y al Aznar le pasará lo que al otro. Aunque a mí me gusta, no sé por qué. Bueno, me gusta y no me gusta, porque eso de que me quiten la mili... ¡Y cómo se llegó a reír mi tío Carmelo el otro día, cuando salió precisamente eso de que ya se acababa lo de la mili! Porque el viejo muy antimilitar, sí, pero le ha dado igual que los suyos no quitaran la mili. Esto de los pensamientos es la cosa más rara del mundo. O sea, yo aquí, dentro de la mollera, dale que te pego a que si los socialistas o los populares, o mili sí o mili no, y resulta que paso total de todo ese rollo, pero ahí está ese barullo alborotándome el coco. ¡Pues ya no me da la gana de pensar más en eso, hala, lo borro! ¡Angélica! Eso sí que son palabras mayores, y un canguelo que ya ya... Yo no sé qué tiene la *virgen física* esa, que yo creo que ya la llaman así hasta los profes, pero a mí me atrae lo que no se puede ni imaginar. Buena lo está un rato largo, eso salta a los ojos; aunque la que salta de delante de los míos es ella, así que ve que yo no aparto los míos de esas carnes tan macizas que tiene, que son de impresión: una pura mujer... ¡Mira tú qué chistecillo tan soso! Porque de pura tiene todo lo que tiene esa Belinda de callo. Y eso sí que es algo que siempre me ha extrañado, desde octavo, o incluso antes, que las tías buenas tengan unas amigas que sean tan callos. ¿Por qué será? Hombre, así en plan estrategia, igual si me hago el amable con Belinda, pero sin pasarme, su amiga del alma deja, por lo menos, de huir de mí y de mis miradas... Ya sé que es im-

posible ligarse a la *virgen física*, porque parece que se haya casado con dios, la muy monja, o que esté coladita, fundidita, por el guaperas del cura, que dios los cría y ellos se juntan, aunque me parece que no se llevan muy bien; pero por intentarlo que no quede, aunque quede todo en nada, pero es que esa tía tiene un no sé qué que yo parezco de hierro y ella de imán, o ella de miel y yo un moscón. No sé lo que haré, pero algo tengo que hacer, ¡por estas! Y a pesar de todo, es verla y entrarme un canguelo que no me lo explico. Y es que rara sí que lo es, además de estar tan buena. Porque con lo santita que se hace la tipa, luego va y tiene un genio y un empuje que cualquiera se atreve ni a burlarse de ella. Pamí que sabe de sobra que está como un tren y de eso se vale. Bueno, y que también es una empollona de cuidado. ¡A lo mejor por eso me gusta, porque es todo lo contrario de como soy yo! La tía me desprecia, eso salta también a la vista. Bueno, mejor cambio de canal, porque si no me hundo. Lo que pasa es que una vez que te entra, cuesta mucho de sacársela de la cabeza. Lo raro es que, aunque lo he intentado, no he podido hacerme ni una paja imaginándome con ella o a ella sola bañándose o tocándose, porque por muy santita que sea a mí no me la dan con queso: to dios se la machaca: las tías, los tíos y da igual la edad. ¡Lo que nos hemos hartao de reír Miqui y yo poniendo cara de que atendíamos en clase y lo que pasaba es que teníamos echao un pulso, a ver si éramos capaces de imaginar cómo follaban los profes y las profas, o cómo se la cascaban! Porque los compas es fácil, como nosotros. Aunque luego van todos y te dicen que si eres un obseso, que si no piensas más que en eso, que si estás viciao, que en el mundo hay más cosas que tetas, culos, pollas y coños, que si acabarás enfermo, que si eres un degenerado, un pervertido, ¡yo qué sé qué de cosas! Aunque todos lo dicen con la boca chica, porque me juego yo el cuello ahora mismo que de todos los de mi puta clase, ponga-

mos por caso, a ver quién es el bonito o la bonita que no piensa en eso día sí y al otro también. ¡Si no había más que ver al Álex y a la Cristina dándose esos empujoncitos ton-tainas, de nenas de monjas! ¡Las ganas que tienen, qué hostias, de meterse mano en plan descarao, de darse un magreo que caigan fundíos! ¡Y lo demás son monsergas! Lo que pasa es que cuesta atreverse, y paque una tía se te meta en la cama y te lo montes, o sea, ¡que te la montes!, como se debe, te hartas de arrimarte en la disco y de sobar tela, qué demonios. Basta, ahora no estoy yo, con el hambre que tengo, para que se me ponga dura, porque esto es automático: empiezo a pensar en las tías y me pongo duro duro de lo que más, que casi hasta me da vergüenza... ¡A mí, vergüenza! Pero es verdad, paqué me voy a engañarme a mí mismo. Y a veces me pone en un apuro, cuando las chorbas llega el calor y empiezan a ir casi desnudas a clase, la facilidad con que ver tanto muslo macizo, tanta braga, tantos pezones que se quieren salir de las camisetas, y esas tetas que casi se me tiran a las manos, pues me hacen que me empalme ¡y de qué modo! Hasta que descubrí el recurso de las camisas largas por encima del pantalón. Alguna vez, cuando estaba un poco achispao, por algunas birras del recreo, hasta he llegado a lucir ese troncazo imponente, como si llevara en el bolsillo del vaquero un Calypo, pongamos por caso, aunque no es muy buen ejemplo, porque lo que yo estaba entonces era más caliente que las chorbas babosas que se derriten con el natayfresa, sin saber que a él lo que le van son los tíos. Bueno, vale, vale, que estas imaginaciones acabarán consiguiendo que me empalme. ¡Y mira que necesito yo poco para que se me levante! Tranquilo tío, tranqui. Ahora lo que toca son esas croquetas con judías verdes y un buen siestorro, que este septiembre aún parece un quince agosto: ¡estoy hecho polvo!

AYER EL VIEJO ME DIO ya el primer toque, o tocazo, porque se puso hecho una furia y se lió a la carrera con lo de siempre, que qué coño me había creído, que si me iba a estar dando la sopa boba hasta los treinta y cinco, que a quién había salido, que ni a él ni a mi madre se les habían caído los anillos por trabajar desde bien jovencitos, que andaba yo muy equivocado si me creía que él iba a tolerar que un gamberro, un ladrón y un manta se le quedase en casa hasta que le diera la gana... Toda esa tabarra que le sale cuando se ciega, y no digo yo que no tenga razón, pero lo que pasa es que no me cree: yo no le he robado esas diez mil pelás que le han mandado a la de mates del bolso, y además es que no me lo pueden probar. Y si mi padre se lo traga es que pamí se ha acabado, pa los restos, y paso yo mucho de él, y más todavía de sus sermones. ¡Quién va a creerme a mí, a estas alturas! ¡Ni a ninguna otra! ¡A mí ya no me cree ni dios! Paqué coño voy a esforzarme. A veces pienso que lo mejor es ir a ver al plasta del dire a la comisaría de su despacho y decirle que sí, que

he sido yo y que me las he gastado en porros, en birras y en putas con los colegas, que me empapelen y ihala!, a la calle, lejos de toda esta mierda. ¡Pero no me da la gana! ¡Por qué hostias tengo yo que cargar con el muerto! Vale que no pego ni golpe, que en dos meses soy el tío que más veces han expulsado y lo que se quiera, pero de momento no me ha dado por birlar nada, como al Jonatan, que ese sí que va como loco por descuidar lo que sea. Y no sé yo si habrá sido él, pero me voy a enterar, ya lo creo que sí, y si van detrás mío y yo acabo enterándome de quién ha sido le hago confesar aunque sea a hostias. Aunque a la pajarraca esa ya le está bien empleado que le hayan pispao esa guita, por borde, cegata, descuidada y matona: «la matona de mates». ¡Toma juegucito! Paque luego se queje el natayfresa. Ese es que me considera incapaz, y me odia. Sólo hay que ver cómo me mira el muy gilipollas y creído: cada vez voy entendiendo más por qué dice él eso de los alumnos minerales, y cada vez que lo dice me siento más orgulloso de serlo, si así no me parezco a esas imbéciles que «lo adoran», o a esos finolísimos que les parece un tío «competente» y «apasionado por los libros y su asignatura». ¡Pelotas, todos! ¡Menuda compañía! ¡Si más de la mitad de estos memos tenía que estar en una guardería! ¡Mira tú qué niñatos y niñatas! ¡Si hay niñas que parece que vayan a salir de las clases para irse a jugar con las barbies en casa! ¡Y más de uno seguro que aún juega con castillos de playmobil, me juego el cuello! Me pone enfermo ese cuidado de manicura que ponen con los titulitos de los trabajos, esos colorines de arco iris..., pues eso: parvulitos... Y el caso es que, salvo los empollones de siempre, el resto no se entera de nada, que más o menos son como yo, y yo porque no quiero, claro... ¿Y eso de las pelas no será un montaje para que me acaben echando, padeshacerse de mí?, porque de la de mates me espero eso y más... ¡Si hasta me ha dicho en clase, delante de todos, que yo le

amargo la vida y que tiene unas ganas locas de perderme de vista! ¡Pues vaya unos modelos para nosotros! ¡Pura mierda, todos ellos! Y yo sigo aquí no sé por qué, la verdad. Supongo que porque a algún lado tengo que ir cada mañana, pero igual estoy aquí, como ahora, con este cegato de Historia, que en el bar jugando al mus o al fútbolín. No, no, mientto, jugando al mus o al fútbolín se está mucho mejor que aguantándole a este rompetechos la caída de Roma y no sé qué hostias del feudalismo recipiente o no sé qué... ¡Es que son muchas horas, y muchos rollos! Y si te quieres distraer un poco, izas!, expulsado. Y eso que este año me han castigado a base de bien con la mona de la Belinda de compa pestiño, y aun así no hay día que no me eche alguno de estos indeseables y parásitos que se ganan un sueldo diciendo tres chorradas y poniéndose en plan a mi no me chista nadie y al que se mueva se va al de guardia. Pero a la Marga de los aforismos sí que la tengo desbocá: como la bocana del puerto. Lo que esa tiparraca no sabía es que yo soy capaz de todo cuando de ir detrás de una tía se trata, aunque no me haga ni caso, como la *virgen física*. Y hasta me ha llegado que, a lo que parece, me ha defendido ante sus colegas por lo de las pelás. Lo que ya no me ha gustado ni un pelo es que después de que me apuntara a su crédito, el raro de los aforismos, que nos hemos apuntado cinco, y de ver que no le chafaba las clases, sino que incluso pues eso, que me enrollaba y todo, bueno, pues lo que no me gusta ni un pelo es que alguno de esos imbéciles de profes se atrevan a burlarse de mí, como el natayfresa: «Vaya, vaya, parece que tenemos un gran filósofo entre nosotros; un filósofo inesperado y secreto; una joya en bruto...». ¡Como que no iba yo a coger que tanta flor era una burla para acabar insultándome y diciéndome bruto! ¡Ni que fuera yo un imbécil total! Yo ni me moví, y así le jodí la bromita sin gracia, porque ninguna de las babosas que se hacen agua con él o de los pelotas que le

ríen las gracias cogió de quién estaba hablando. Eso sí, lo miré que yo creo que hasta se le metió la cola entre las piernas, como los travestís, del susto que se llevó; porque es que cuando a mí me da por mirar como un asesino me parece que debo ser la mar de convincente. El viejo, las veces que nos hemos peleado siempre me ha dicho que no lo mire así, que me da un hostión que me vuelve la cabeza del revés. Y lo creo capaz, aunque cada vez le costaría más, que ya no soy un crío, eso salta a la vista, pero la verdad es que tampoco tengo yo mucha pegada, si la comparamos con la mala hostia que también tengo. Igual un día me tendré que poner a hacer gimnasia, a ver si me pongo cachas de esos que impresionan, que parecen neumáticos de coches... Bueno, pues eso, que ahora hay un cachondeíto que no me gusta nada, pero eso no va a quitar para que en clase de la Morgana, que es como le gusta a Miqui llamar a la Marga, porque dice que es una bruja total, que es más misteriosa que un sorteo de los yogures, siga yo intentando llevarme al huerto a la *virgen física*, por mucho que me cueste entender los putos aforismos esos y por mucho que me cueste aún más explicar qué coño quieren decir sus inventores en tan pocas líneas. Que yo no sé cómo los compas son capaces de enrollarse de ese modo, con solo dos o tres líneas que tienen delante. ¡Y no digamos la *virgencita!* ¡Esa se te tira media hora y hay que pararla! ¡Ya es raro: que en un cuerpazo de la hostia haya un coco que funcione que echa patrás de lo que sabe! ¿Y eso de que es tan religiosa no será una estrategia pasacudirse a los moscones como yo? Pero yo, como el don Giovanni: el que la sigue la consigue, que ahora sé que es un refrán y no un aforismo, mira tú. Y es que a ella, como a todas, le tiene que tirar la carne cuando se vea desnuda y sepa que alguno, el día que sea, se va a poner ciego entre esas piernas que ni las modelos, y con esas tetas que tienen un mordisco de asfixia. ¿En qué pensará ella cuando se da gus-

to? Porque a mí no me va a hacer creer, con todas esas santerías que se trae con la religión, que a ella no se le va la mano, como a todos y a todas. ¡Y ya no es una niña! Aunque a las niñas déjalas ir, porque la hermanita de un amigo de Miqui se monta en el balón como si fuera un foca ¡y no veas cómo se enciende! ¡Se sofoca! ¡Y toma ya otro juegucito! A este ritmo a lo mejor hasta me sale un gregoría o no me acuerdo cómo se llaman los aforismos de ese Ramón tan marchoso que nos ha explicado la Morgana, que las tiene el tío más graciosas que muchos de esos chistes tontos que te dan por la tele a todas horas, que ya hasta cansa, la verdad. Y lo que no nos cansamos en aquella clase fue de leer esas gregorías tan cachondas. ¡Nos lo pasamos de puta madre! ¡Si todas las clases de lite fueran así, otro gallo cantaría! ¿Y qué gallo será ese que cantaría? A mí las que se me quedaron fueron la de que «la morcilla es un chorizo lúgubre», que lo comprendí cuando la Marga explicó qué significa «lúgubre», claro, porque la única que lo pescó, porque fue la única que se rió, fue la *virgencita física*; y la otra fue la de que «la q es la p que vuelve de paseo», y también la de que «los tornillos son clavos peinados con raya en medio». ¡Menuda pesquis que tenía el tío! Pero que a la *virgencita física*, por mucho que le tire lo de la gravedad, las ondas, el Newton y todo eso, también se le va la mano al botón de la entrepierna es tan cierto que pongo algo más que la mía en el fuego por ello. ¡En ese fuego líquido que se debe formar entre sus muslos sí que me dejaba yo achicharrar a gusto! ¡Como un huevo frito! Lo que pasa es que es tan distante y arisca, que me deja desarmado; ni se me ocurre cómo diablos puedo acercarme a ella paintentar ligármela. ¡Y luego está la seguridad gatuna que se gasta! Porque, además, de mojigata no tiene ni un pelo. *Gatuna, mojigata...* Pues sí, mucho de gata independiente y arisca tiene la *virgencita*, siempre a lo suyo y pasando mucho de los demás, y dispuesta a darte un

bufido de órdago a la grande en cuanto se te ocurra intentar pasarte con ella ni un poquito así... Y es más clara que el Miqui cuando se empeña en querer contarme con pelos y señales qué hacen la Almudena y él, ¡como si a mí me interesasen las pelis de esos polvillos de aficionados: dos achuchones y corrida al canto! La Angélica sí que lleva lo de la religión con un convencimiento que parece cerrar todas las puertas del sexo a cal y canto, haciendo imposible todo intento de acercarse a ella pabrírselas. Y alguna vez la he oído yo, de lejos, burlarse de la obsesión que tenemos todos, a nuestra edad, por follar, así llegó a decir. «¿Y qué es follar, a ver? ¿Meter el pene en la vagina de la hembra una y otra vez hasta que el macho se congestiona y expulsa el semen? Hay orangutanes que lo hacen en menos de un minuto. ¿Y los hombres y las mujeres hemos de pasarnos la vida pensando en eso? No tiene sentido». Con una salida así, que te deja más planchado que una lagartija en febrero, la verdad es que hace falta tener moral paintentar ligársela. Pero por otro lado hace el reto aún más apasionante, porque con lo lista que es para todo, en eso del sexo la pobre parece más ignorante que cualquier pavisosa de la clase, yo creo que hasta más que el pestiño de Belinda. Llevo unos días que he cambiado de plan y ahora le doy cancha a la Belinda y me enrolló con ella para ver si la Angélica me mira de otra manera. No es que me haga el simpático, pero por lo menos le dirijo la palabra. Antes es que se me atragantaba. Los compas andan un poco moscas, y alguno se cree que me va a dar por imitar a los del Guasa Club de la obra aquella tan molona a la que nos llevaron el año pasado, «La señorita de Leppe...» o algo así. Alguna vez, a mi manera, lo he hecho, aunque no con tan mala intención, desde luego, sobre todo porque al final somos los dos los que nos lo pasamos de puta madre. A la Angélica, creo yo, le va a pasar lo que a tantas mojigatas y estrechas, que en cuanto te bailas un agarrao

con ellas y te aprietas bien, que te noten el instrumento duro duro, como dios manda, les entra un enloquecimiento que de los besos con los labios pasan a meterte la lengua hasta la campanilla, y te estrujan que parece que se olviden de que van vestidas. A su manera, a quien le ha pasado al revés es a mi doña Elvira particular, mucho fardar de que ella era casi una vampiresa, una devoradora de hombres y ahora se ha vuelto de un estrecho que no hay quien se atreva a tirarle los tejos, ¿y por qué se tiran tejos cuando se liga? Y eso seguro que porque se piensa que es algo mío, o que tiene algún derecho sobre mí, ivete a saber! Y ahora, a la muy chota, le ha dado por vestirse de negro que parece el luto hecho persona, porque se pinta de negro hasta los labios, las uñas y los ojos. ¡Da miedo! Si llevara el pelo largo, en vez de ir pelona, sería clavadita a la Martirio, o algo así, de la familia Addams. Por mí como si quiere hacer lo que el Michael Jackson pero al revés, que yo no aflojo. Lo que me tiene un poco mosca es que desde hace unos días, y me parece que ha sido desde que yo le doy cancha a Belinda, a ella le ha dado por tratar más con Angélica, y eso, que es tanto como juntar el agua y el fuego, me da muy pero que muy mala espina. Verlas juntas es ya todo un poema, desde luego. Igual la despechada de ella se cree que Angélica, por su nombre, es como la Zerlina de la ópera... ¡Inocente! Aunque la Zerlina era de cuidado, porque cuando el don Giovanni la está seduciendo para llevársela a su casa, y aquella musiquilla lá lalalá la lálala... lálalá lalá lalá... es la única que se me ha quedado, la tía dice que sí que quiere ir con él, y luego que no, pero después que sí... O sea que... ¿Y por qué no le da a la Bea por lo más normal en estos casos: liarse con otro para darme celos? ¡Ojalá! ¡Igual tenía yo la suerte de que, por hacerme la puñeta, acabara colándose por otro y me dejara a mí en paz! Y ya sé que soy duro con ella, qué leches, pero es que no acaba de entender que ya no tiene ningún secreto

para mí, que no le veo ningún aliciente a eso de ir siempre con la misma persona. Conquistada y olvidada, como don Giovanni. O como decía él, que se me quedó muy bien: «quien es fiel a una es cruel con las demás», que es una verdad como un templo, ¿y por qué los templos son verdades? ¡Y hay tantas con las que sería una crueldad ser tan crueles! ¡Que no, vaya!, que es una barbaridad eso de quedarse con una y aburrirse como en las clases, que vista una, vistas todas, siempre la misma y más aburrida que la conversación de la Belinda. Ahora mi único objetivo es Angélica, esa mezcla de ángel y hielo que parece un castillo medieval invencible, por más catapultas que se usen y por más proyectiles que choquen contra sus fortísimos muros. ¡Y mira que le he tirado proyectiles en el crédito variable ese de los aforismos! Porque de los libros que nos dejan para que busquemos y los expliquemos yo solo me fijo en los que pueden servirme como una indirecta. ¡Menudo cómo me plantó cara con un discurso del que no le entendí ni jota cuando yo defendí aquel de que «Es más necesario estudiar a los hombres que estudiar los libros» de uno que parece que sea una mujer pero que no lo es, la Rochenosequé. Yo no lo hice muy bien, lo de defenderlo, claro, pero me puse la mar de melosillo para justificar que uno no pudiera apartar la atención de alguna persona y que resultaba muy educativo estar todo el día mirándola. Ahí se echaron a reír más de tres, claro, porque se me veía el plumero, ¿y qué plumero debe ser ese?, aunque en mi caso fue el que yo quería que se me viese, eso también. Lo que me dejó boquiabierto fue que, al pedir la palabra para defender lo contrario, se acordara de memoria de otro aforismo del mismo autor: «La juventud es una embriaguez continua: es la fiebre de la razón», para soltarme el rollo de que el mejor alimento de la razón son los libros y que tatachín y tatachán, que la juventud se pasa y que había que leer, y que estudiar, sí, pero que

no a las personas, porque había algunas que ya ya... Y entonces los compas se volvieron a reír, y esa vez también era por mí, estaba cantao; pero la *virgencita física* lo dijo de un modo que hasta yo me reí, por supuesto. Y eso sí, seguí mirándola con tanta insistencia como siempre. Yo me decía lo que siempre me he dicho en estos casos: ya caerá, porque todo madura. Y si a mí me sobran dos cosas son precisamente tiempo y paciencia. Y aún me acuerdo que alguien se fijó en otro aforismo que me gustó mucho: «La gente que nunca tiene tiempo es la que menos cosas hace», de un alemán, creo. Era el libro más grande de todos los que traje. Yo estuve a punto de tirar con bala de verdad y defender el que decía: «Reírse de todo es propio de tontos, pero no reírse de nada es de estúpidos», pero me lo guardé. Paque Angélica viera que no la quería mal, sino todo lo contrario, lo escribí en una nota y se la hice llegar. La Morgana vio el juegucito, pero no dijo nada. Supongo que por la novedad de verme participar en clase no me quería marcar muy de cerca. A vuelta de correo recibí otro aforismo que me costó trabajo entender: «Conozco ese gesto de atención fingida, es el punto más bajo de la distracción». ¡Fingida! ¡Mi atención! ¡Me la comía con los ojos a dentelladas y a ella le parecía que eso era algo fingido! Me llevó toda la tarde dándole vueltas y vueltas, venga a leerlo, al derecho y al revés, por arriba y por abajo, hasta que se me hizo la luz: ¡era una coquetería! ¡La tía lo que quería era que la mirara más apasionadamente aún! No cuadraba mucho con una tía como la Angélica, pero a mí cada vez me parecía más claro que sólo podía significar eso. De todas maneras, que hubiese querido dialogar conmigo, aunque fuese a golpe de aforismo, me parecía un avance que tenía que celebrar, ¡vaya que sí! Unos días después logré arrancarle a mi compa pestiño, la Belinda, por qué a su amiga le caía yo tan mal. De forma un poco liada acabó diciéndome que lo que menos le gustaba de mí, ¡en-

tre muchas otras cosas!, ijoder, nada menos que muchas!, era que desnudaba a las tías cuando las miraba. Y la muy tonta de la Belinda se puso roja al decírmelo, ¡como si yo la hubiera mirado alguna vez así!, como avergonzada de haber «posado» para mí. Lo que pasa por el coco de las tías desde luego que es la rehostia. Son más retorcidas que un cólico frenético, o como se diga. Y eso para que luego digan que somos nosotros los que no pensamos en otra cosa... ¡Pues anda que ellas! Porque si la *virgencita física* coquetea conmigo, que debo ser yo para ella lo peor de lo peor, es que cualquier cosa que se diga de ellas es poco y para quedarse corto. ¡Y claro que las desnudo con la mirada! ¡A ver si no! ¡Y a ver quién no lo hace! Que eso es que hasta las tías, que bien visto tengo yo que se les van los ojos al paquete cosa mala, y eso sólo puede ser porque van buscando ver a un tío empalmado para luego empezar a imaginarse cosas, porque si llevas los tejanos ajustados la verdad es que el instrumento se nota, ya lo creo que sí. Que las tías tampoco son tontas, qué leches, aunque se hagan las estrechas y las finas la mitad de ellas. Y si no mira tú ahora por lo que les ha dado, eso de ir a fiestas paellas solas y que salen tíos de esos musculitos en tanga que se dejan sobar a base de bien. Y se ponen como locas y dan grititos de histéricas, como si hubieran visto ratones en vez de un cipote marchoso. Y le meten billetes en el tanga y algunas hasta lo magrean porque no se aguantan más las ganas. O sea, que a mí no me engañan. Las tías de la clase aquí es distinto, claro, la mayoría porque muchas son muy niñas, pero no hay ninguna a la que no le guste ajustarse las faldas o las camisetas cosa mala, que a mí a veces hasta me da un ahogo de lo apretadas que tienen que llevar las carnes. ¿Y todo paqué? ¿Palucir el palmito? Pues no, paponernos a cien que es un contento, y conmigo lo logran, ¡ya lo creo que sí! Después de que se me pasara por el coco lo de que la *virgencita física* coqueteaba